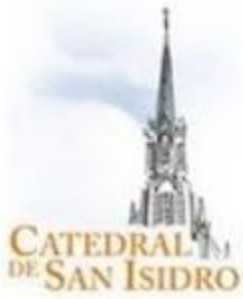


Parroquia de la Catedral de San Isidro

Pastoral Familiar - Julio 2018



UNA MORADA HABITADA POR LOS DOS

Hospitalidad e Interioridad

INTRODUCCIÓN

Como venimos reflexionando este año, la pareja y la familia nos constituye en ***“huéspedes de un amor”***, ya que el buen amor consiste en hospedar a los otros en nuestro corazón.

Para recibir al otro en el propio corazón hace falta habitarlo, es decir, tener una vida interior. De esto reflexionaremos hoy.

Comencemos con una breve oración pidiendo inspiración para nuestra reflexión.

Importante: Cada grupo inicia su reunión con la modalidad de oración a la que esté habituado.

PRIMER MOMENTO

En la Meditación de Cuaresma, nuestro párroco nos decía:

“La hospitalidad amorosa de la pareja, prolongada en la familia con los hijos, construye lo que llamamos la morada: el lugar donde el otro es recibido y se reconoce él. Una morada exterior: la casa, y una interior: la persona que hospeda al otro. El amor constituye al amante en morada donde el otro es acogido y se reconoce como esposo, esposa, hijo, hija. Todos deseamos ser alguien en el corazón de alguien. Esa experiencia nos constituye psicológica y espiritualmente. Habitar una morada significa poder ser yo mismo donde estoy, al ser acogido, reconocido y respetado...

Ahora bien, la condición de ese movimiento personal de acoger al ser amado es habitar la propia interioridad para poder abrirla al otro y hospedarlo en uno mismo.

La interiorización es la condición previa y necesaria para llegar a la verdadera hospitalidad. Sin vida interior es imposible vivir la hospitalidad amorosa matrimonial”.

La experiencia de la vida en relación nos dice que cuando estamos “sacados” o volcados sólo a lo exterior, nos cuesta comunicarnos de corazón con nuestra pareja y con nuestros hijos...

A la luz de esta reflexión charlemos ahora nosotros con estas preguntas:

- ¿Sentimos que el trabajo y las preocupaciones de la vida nos empujan afuera de nosotros mismos y por eso nos cuesta hacernos momentos de recogimiento en nuestro interior? ¿Alguno de nosotros logra tener momentos de interioridad? ¿Cómo hace?
- ¿Pasa mucho tiempo en que sólo hablamos de cosas superficiales o de todos los días, y no tenemos una comunicación más profunda entre nosotros?
- ¿Al estar llenos de ocupaciones y tareas, le quitamos la mirada a nuestro cónyuge, dejamos de mirarlo y darle atención a él y tiempo a nuestra relación? ¿Cómo nos sentimos cuando nos ocurre esto?

Todos comparten libremente, dando el testimonio de lo que viven. Nadie interrumpe ni opina sobre las afirmaciones de los demás. No hacemos afirmaciones generales o abstractas, sino que cada uno habla de su propia vivencia.

SEGUNDO MOMENTO

En el libro de las Confesiones, dialogando con Dios, San Agustín le dice:

“Oh Señor, ¿dónde estaba yo cuando te buscaba? Tú estabas delante de mí; pero yo me había alejado también de mí y no podía encontrarme ¿cómo iba a encontrarte a Tí?” (Confesiones, V,2,2).

Después de su conversión, Agustín se dio cuenta que él estuvo mucho tiempo alejado de sí mismo y como desencontrado, y que así era imposible encontrarse con Dios. Esto es aplicable también a la vida de relación de la pareja. Sin vida interior y sin contacto con uno mismo, no hay posibilidad de un contacto de interioridades entre los esposos o con los hijos.

Preguntémonos:

- ¿Se nos ocurre alguna idea concreta para poder mantener vivo el contacto de cada uno consigo mismo y la comunión de corazón con nuestra pareja? Hagamos

sugerencias para tener una vida con un poco más de interioridad y con una mayor mirada amorosa entre los dos.

(Se pueden anotar en un papel).

Todos comparten libremente

CIERRE:

Podemos leer en voz alta el texto de H. Nouwen de la página siguiente y terminar con un momento de oración.

Los que quieran pueden también escuchar juntos la canción “El problema” de Silvio Rodríguez. Se puede encontrar en YouTube:

<https://www.youtube.com/watch?v=1FsUx2LTCbg>

LA HOSPITALIDAD Y LA INTERIORIZACIÓN

La hospitalidad es la habilidad para atender al huésped. Se da muy difícilmente si estamos preocupados de nuestras propias necesidades, preocupaciones y tensiones, que nos impiden distanciarnos de nosotros mismos para atender a los demás.

Todo el que quiere prestar atención, limpia de cualquier otra intención, debe quedarse en su propia casa y sin moverse, debe descubrir el centro de su vida en su propio corazón. La interiorización, que lleva a la meditación y a la contemplación, es la condición previa, necesaria, para llegar a la verdadera hospitalidad. Cuando nuestras almas están intranquilas, cuando somos llevados por miles de estímulos diferentes, y a menudo conflictivos, y nos sentimos metidos por absoluta necesidad psicológica entre las personas, ideas y preocupaciones del mundo, ¿cómo podemos crear un espacio donde alguien diferente a nosotros pueda entrar libremente sin sentirse un intruso?

Paradójicamente, retirándonos al interior de nosotros, no por autocompasión, sino con sentido de humildad, creamos el espacio para que el otro sea él mismo y para que pueda abordarnos desde sus propias realidades.

Pero la retirada del hombre hacia su interior es un proceso doloroso y que nos llena de sentido de soledad porque nos fuerza a enfrentarnos directamente a nuestra propia condición en toda su belleza tanto como en toda su miseria. Cuando no nos asusta entrar en nuestro propio centro, introducirnos hacia la agitación de lo más íntimo de nuestra alma, llegamos a conocer que estar vivo significa ser amado. Esta experiencia nos dice que podemos amar, sólo porque hemos nacido del amor; dar porque nuestra vida es un don, y liberar a los demás porque hemos sido liberados por aquel cuyo corazón es más grande que el nuestro...

Entonces, nuestra presencia ya no es amenazante y exigente sino acogedora y liberadora.

Henri J. M. Nouwen, *El sanador herido*, p. 109-110.